

EL ORIGEN DE LA NAVIDAD.

LAS RAICES PAGANAS DE UNA FIESTA CRISTIANA.

Por Alfredo Martorell

La fiesta de la Navidad, Fiesta religiosa hoy se reduce a un simple apogeo de la sociedad de consumo. El sentido "original" de la fiesta de la Navidad empezó a perderse hace siglos. Porque tal sentido no era la conmemoración del nacimiento de Cristo, sino **la promesa del retorno del Sol**, algo que los europeos celebraban muchos siglos antes de que el cristianismo se convirtiera en religión oficial de nuestras gentes.

¿Cómo es posible que Jesús haya sido adorado por pastores que custodiaban rebaños de ovejas, durmiendo al raso, en pleno mes de diciembre? ¿Eran pastores suicidas? Estas incoherencias del relato navideño cristiano suscitan siempre todo género de perplejidades.

El hombre de hoy suele despachar la contradicción encogiéndose de hombros o rechazando como "patraña" la integridad del hecho navideño. Pero esto se complican cuando constatamos que el 25 de diciembre era también una gran fiesta en el mundo romano, y que la noche del 24 al 25 de diciembre marca asimismo el solsticio de invierno, la noche más larga del año. Pero tras la Navidad se oculta una de las constantes más profundas del alma de la cultura europea.

La Iglesia nunca creyó que Jesús naciera realmente el 25 de diciembre. De hecho, la fecha exacta del nacimiento de Jesús es desconocida, porque en el Oriente antiguo no se celebraban los cumpleaños y allí, generalmente, los padres no recuerdan cuándo han nacido sus hijos.

El Evangelio canónico más antiguo, el de Marcos, pasa por alto la infancia de Jesús. Mateo sitúa su nacimiento en Belén, según la profecía de Miqueas, pero no nos especifica nada más. El prólogo añadido al Evangelio de Lucas, donde se dice que "había en la región unos pastores que pernoctaban al raso y de noche se turnaban velando sobre su rebaño" (2, 8), sugiere una fecha primaveral.

La tradición posterior de la gruta de pastores no se encuentra en los evangelistas; parece que se refiere a un santuario del dios Adonis tardíamente anexionado por la Iglesia para su culto.

En el siglo II hubo amplios debates sobre la fecha de nacimiento de Jesús. Se propusieron las fechas 2 de abril, el 20 de abril, el 20 o el 21 de mayo... Orígenes, hacia el año 245, consideró "inconveniente" ocuparse de festejar el nacimiento de Cristo "como si se tratara de un rey o un faraón".

La Epifanía de Osiris/Dionisos. El sincretismo cristiano.

Los cristianos de Siria y después todas las comunidades de Oriente respaldaron la fecha del 6 de enero. Porque esa fecha era ya, en el oriente del Viejo Mundo, la de la Epifanía (del griego epiphaneia, "aparición") de **Osiris** y de su correspondiente griego, **Dionisos**, y la continuidad de estos dioses con Cristo era parte de la doctrina de esas comunidades.

Hay, además, una importante presencia femenina en estas fiestas de la Epifanía. Bajo el vino santo de Dionisos, Isis alumbraba a Harpócrates, **el sol que volvía a nacer**. En la astrología de la alta antigüedad, el 6 de enero marcaba el momento en que el sol salía por la constelación de la Virgen. En Alejandría se celebraban ceremonias en el templo de la Virgen, el Koreión, pues la Virgen había dado a luz a su hijo Aión, el Eterno, homólogo de Dionisos y Osiris.

Los fieles bajaban a una cripta para retirar una estatua de un **niño recién nacido** que exhibía en la frente, las manos y las rodillas, las marcas de una cruz y una estrella de oro. Los fieles proclamaban: "La Virgen ha dado a luz; ahora crecerá la luz". En el cristianismo oriental de los primeros tiempos, la identificación de Cristo con el Sol es una constante. Así, en siglo IV, y empujado por la fuerza de esta memoria mítica, todo el Oriente cristiano está ya celebrando el nacimiento de Jesús el 6 de enero. Los antropólogos conocen esta evolución por **sincretismo**, a saber, la conjunción de dos o más rasgos culturales de origen diferente que dan lugar a un nuevo hecho cultural.

La Europa suroriental de los primeros siglos de nuestra era, donde confluían las tradiciones griega, egipcia y judeo-cristiana, junto a muchas otras ramas de la religiosidad del oriente próximo, fue terreno abonado para este género de fenómenos. De igual forma el sincretismo se manifestó en la otra gran tradición navideña: la de celebrar el nacimiento de Jesús el **25 de diciembre**.

La fiesta del Sol Invicto

En la iglesia del occidente de Europa se empieza a adoptar la fecha del 25 de diciembre. Y también aquí el origen es pre-cristiano: en este caso no Osiris ni Dionisos, sino **Mitra**, aquel **dios solar** de los **persas**, que conoció un formidable impulso en la Roma del siglo II. Época que conoció una dura competencia entre el cristianismo y el mitraísmo, que compartían muchos elementos comunes (la idea de redención, la salvación de las almas después de la muerte, etc.) pugnaban por convertirse en la religión dominante del Imperio. Los mitraístas festejaban el renacimiento de Mitra todos los años, el 25 de diciembre, justo en medio del periodo del solsticio de invierno, después de las **saturnalias** romanas.

En esta misma época los pueblos bárbaros —esto es, los nada o poco romanizados— seguían celebrando en torno al 25 de diciembre sus viejos ritos solsticiales. Así la Iglesia consideró bueno operar en su provecho un hábil **sincretismo**. ¿Acaso la Biblia no llama al Mesías "el Sol de la justicia", como escribió Malaquías? El 25 de diciembre era en Roma la fiesta del **Sol Invicto**. Ese día los fieles se dirigían a un santuario de donde sacaban una divinidad del Sol, representado como un niño recién nacido. Y esta fecha, el día del sol invicto, venía a coincidir también con la vieja tradición de la Europa precristiana de celebrar el solsticio de invierno, que ha sido una de las fiestas más importantes de los pueblos indoeuropeos y que como tal ha sobrevivido en todas las culturas que éstos han creado.

El **solsticio** de invierno marca el momento de las noches más largas del año; el sol parece estar a punto de extinguirse. Este periodo dura doce noches, desde el 25 de diciembre hasta el 6 de enero.

Pero, lejos de significar un tiempo de oscuridad, los antepasados de los europeos lo celebraban como anuncio indudable del próximo retorno del Sol y del renacimiento de la vida que no muere bajo el frío invernal. Hoy se reconoce de forma prácticamente unánime que fue la pre-existencia de esta fiesta pagana lo que llevó a la Iglesia a fijar el nacimiento de Cristo el 25 de diciembre.

La fusión, no obstante, presentaba sus riesgos desde el punto de vista doctrinal, porque la identificación entre Cristo y el Sol llegaba, en las prédicas de los propios santos padres, a extremos demasiado paganizantes. La fiesta del Sol tenía más arraigo popular que la conmemoración de la Natividad. No es extraño que San Agustín, en sus Sermones, suplicara a sus contemporáneos que no reverenciaran el 25 de diciembre como día únicamente consagrado al Sol, sino también en honor a Jesús.

La primera mención latina del 25 de diciembre como fecha de la Navidad se remonta al año 354. Sin embargo, no existe constancia de que en tal época celebrara la Iglesia fiesta alguna. La tradición dice que la fiesta de la Navidad fue instituida por el papa Julio I, entre 337 y 352, pero no hay ningún documento que permita asegurarlo. En Oriente la Navidad seguía celebrándose como Epifanía, el 6 de enero: El año 529 el emperador Justiniano la implantó como día festivo.

¿Quiénes eran los Reyes Magos?

Desde el año 450, el papa León Magno había comenzado la revisión doctrinal al definir la Epifanía como "la fiesta de los Magos". En Milán, Ambrosio conmemorará el 6 de enero el bautismo de Cristo. A principios del siglo V, en Italia, la Epifanía es llamada "la fiesta de los tres milagros": la adoración de los Magos, el bautismo en el Jordán y la transformación del agua en vino.

La aparición de estos personajes, los Reyes Magos o Magos de Oriente, merece mención aparte, porque constituye también un claro ejemplo de **sincretismo**. Los Magos sólo aparecen en el más tardío de los Evangelios sinópticos, que es el de **Mateo**. Éste habla de "sabios", en número indefinido, que acuden a Belén guiados por una **estrella** milagrosa.

Las connotaciones mitraístas del episodio son evidentes: el empleo de la palabra magi ("magos"), de origen indoeuropeo, permite descubrir una clara alusión a los sacerdotes persas, adoradores de Mitra; éstos, en la época del nacimiento de Jesús, mantenían el culto en Jerusalén y parecen haber gozado de una notable influencia; conviene saber, por otra parte, que **Mitra**, nacido el **25 de diciembre**, fue también adorado por pastores que le llevaron ofrendas, es decir, el mismo episodio que encontramos en Lucas.

Respecto a la **estrella**, caben las hipótesis más dispares: desde la de que se trata de un cometa hasta la propuesta por dos astrónomos franceses, Jean Gagé y Franz Cumont, que la identificaron como el "pequeño rey" de la constelación de Leo. Esta última tesis tiene la ventaja de coincidir con la tradición irania: los persas atribuían a esta estrella la capacidad de despertar vocaciones de realeza, e intervenía en el horóscopo que dibujaban los sacerdotes para determinar el momento del nacimiento del rey cuando la constelación entraba en el Sol.

En una versión árabe de los Evangelios descubrimos el siguiente pasaje:

"Ved cómo los magos vinieron de Oriente a Jerusalén, según predijo Zoroastro". El texto zoroástrico alude a un Mesías que es Saushyant, el dios salvador iraní, identificado más tarde con Mitra.

Los Evangelios no dicen nada acerca del número, el nombre o la apariencia física de los Magos. Los cristianos de Oriente decían que son doce. La tradición romana se quedará con tres, a los que dará nombres fantásticos. El título de "Reyes" parece haberse añadido tardíamente para que la tradición y el Evangelio concordaran con las profecías judías: "Reyes serán tus ayos, y sus princesas tus nodrizas; postrados ante ti, rostro a tierra, lamerán el polvo de tus pies" (Isaías, 49, 23).

La leyenda se fue ampliando poco a poco, según esa ley de la memoria de los pueblos que convierte el mito en realidad incontrovertible y que hace real lo imaginario.

Las comunidades de Siria y Armenia declararán desde el primer momento su horror por la elección de un día como el 25 de diciembre, reconocido como marcadamente pagano: acusarán a los "occidentales" de idolatría y seguirán fieles al 6 de enero, olvidando que esta fecha, también era de origen pagano.

Esta actitud de rechazo no será excepcional en la historia del cristianismo. Los maniqueos, por ejemplo, siempre se negaron a reconocer la fecha del 25 de diciembre. Lo mismo hicieron numerosos grupos protestantes. En la Inglaterra de Cromwell, las celebraciones de Navidad fueron suprimidas por la violenta hostilidad de los puritanos hacia todo cuanto pudiera recordar ese origen pagano. La

Navidad no se restableció hasta 1660, tras la restauración de Carlos II. En Escocia, la Navidad fue prohibida en 1583 y se arbitraron graves sanciones para quien la festejara. Todavía hoy, numerosas sectas cristianas, como los Testigos de Jehová, rehúsan celebrarla.

Supervivencia de los ritos paganos

La cristianización de la fiesta, aunque profunda, no fue capaz de eliminar los rasgos eminentemente paganos del 25 de diciembre. Para constatarlo basta con repasar los elementos rituales populares que rodean a la Navidad. Veremos así que todos ellos, en Europa, tienen un origen innegablemente pagano.

Tomemos, por ejemplo, una de las costumbres más típicamente navideñas: la del banquete. Para culminar la cristianización del solsticio, la Iglesia quiso hacer del periodo de Adviento (las cinco o seis semanas, según el rito, previas a la Navidad) un periodo de penitencia y ayuno. El papa Gregorio Magno, a principios del siglo VII, predicó una serie de homilías en ese sentido, pero su éxito fue muy limitado. El periodo de ayuno fue reduciéndose poco a poco hasta quedar limitado a unos pocos días. Su carácter obligatorio perdió fuerza y los propios papas se vieron obligados a tolerar su transgresión, antes de que fuera definitivamente abolido por el nuevo código de Derecho Canónico en 1918; en la Iglesia de Oriente, por el contrario, su práctica sigue siendo muy estricta.

Las semanas previas a la Navidad, en Europa, han sido siempre un periodo de alegría y alborozo, de gozosa preparación a la fiesta, sin carácter expiatorio. Adviento pagano es una verdadera escalada gastronómica que culmina con los banquetes solsticiales, los días 24 y 25 de diciembre, y con el apogeo de los dulces de Navidad:

Tan inseparable de la Navidad como el banquete y aguinaldo son los villancicos. Ésta es la denominación propiamente española, pero en todas partes existen cantos específicos para este periodo del año. También aquí la vieja costumbre pagana se impuso sobre las correcciones introducidas por los teólogos. Existen vestigios de que los villancicos oficiales, en el siglo V, eran cantados en latín y respondían a melodías profundas y solemnes. Éstos, empero, fueron rápidamente sustituidos por los cantos populares, que reforzados por su arraigo tradicional se reinstalaron en un universo religioso del que habían sido excluidos. Así florecieron los villancicos en España, las Weihnachtslieder alemanas, los carols ingleses, los chants de Noël franceses...

Banquetes, aguinaldos, villancicos... y regalos, por supuesto. ¿Qué sería una Navidad sin regalos? El regalo es un símbolo comunitario —y sagrado— de alegría puesta en común.

En los países donde el imaginario **católico** medieval arraigó con mayor fuerza, como España, los Reyes Magos siguen siendo los grandes protagonistas (ése es también el origen de otra bella tradición típicamente española: el **belenismo**, o construcción de reproducciones artísticas del imaginario portal de Belén).

Los que nos traen los regalos

Uno de los más antiguos dispensadores de regalos es San Martín, pero no el de la matanza del cerdo, sino el viejo obispo militar de Tours (316-400). San Martín da los regalos en Flandes y en algunas zonas rurales de Bélgica. Antaño fue así también en Cataluña, y más concretamente en la región del Ampurdán.

Otro portador de regalos es San Nicolás, el antiguo obispo de Mira, en Asia Menor, en el siglo IV. San Nicolás/Santa Claus (en la versión americana) marca el inicio del periodo de Adviento. Una y

otra figura, la del santo y la del dispensador de regalos, responden a orígenes distintos. Según explica F.X. Weiser,

"tras el nombre de **Santa Claus** se oculta la figura del dios pagano germánico **Thor**, cuya leyenda ha pasado al viejo obispo en la presentación moderna de San Nicolás... Para nuestros antepasados paganos, es el dios más alegre y mejor, que nunca dañaba a los humanos, sino que los ayudaba y protegía. En cada casa se le consagraba un lugar especial ante el altar, y se decía que descendía por la chimenea en su elemento, el fuego". En la tradición popular de los Países Bajos, se dice que San Nicolás viene de España.

Y hoy en día, como es bien sabido, el mayor regalador es **Papá Noel**, figura en la que confluyen los rasgos del paternalismo, la bondad, el banquete y el descenso por la chimenea, entre otros elementos característicos de las figuras antes mencionadas. Muchos piensan que la moda de Papá Noel forma parte del colonialismo cultural norteamericano. En realidad, Papá Noel no es un invento norteamericano (allí se llama Santa Claus, y es también importado de Europa), sino que procede de Alsacia.

Y el Árbol eterno

Otra de las grandes costumbres navideñas de nuestros días es la del árbol de Navidad. Los primeros datos acerca de esta costumbre en la época moderna datan de los años 1521 y 1539, y siempre circunscritos a esa región de Europa. No se generalizará por todo el continente hasta el siglo XIX. El tema del árbol ligado a la fiesta del solsticio parece ser antiquísimo, en el paganismo antiguo.

Parece claro que no hay ningún rastro cristiano en él. Algunos datos de la vieja Irlanda y sobre todo de Escandinavia permiten remontar esta costumbre a un viejo culto al árbol germánico.

En las fiestas de Jul, celebradas a finales de diciembre en honor del retorno de la Tierra hacia el Sol, se plantaba ante la casa un abeto del que colgaban antorchas y cintas de colores.

En Roma, durante el periodo de las saturnalias, se colgaba en plaza pública un árbol cargado de juguetes. Estamos ante otro elemento inseparable de la mentalidad mítica europea: el árbol como símbolo sagrado, como eje o pilar del mundo; un árbol que para los celtas era una encina o un roble, un fresno para los escandinavos. El árbol es una representación del cosmos y de su organización. Pone en contacto los diferentes niveles del mundo (el cielo, la superficie y el reino subterráneo); representa la vida que nunca acaba y por eso es símbolo de la regeneración perpetua de la vida, del mismo modo que el solsticio de invierno da testimonio del renacimiento eterno del sol.

Árbol y Navidad, por tanto, mantienen entre sí una comunión de significados.

Esto es, en fin, desde la fecha hasta el árbol, desde los villancicos hasta los regalos, la Navidad: un antiguo rito pagano, hondamente religioso (sólo los ignorantes pueden negar la existencia de una religiosidad pagana), que el cristianismo, en Europa, adoptó con toda naturalidad, generalmente forzada por el sentido popular de lo sagrado, del mismo modo que el catolicismo europeo hizo suyos gran número de elementos rituales y significados sacros de los pueblos que llenaban este continente antes de que hiciera su aparición Jesús de Nazaret.

Tienen razón quienes hoy se lamentan por la pérdida del sentido originario de la Navidad. Pero no por esa presunta "paganización" que tanto denuncian los curas —ésta ha existido siempre, mucho antes de que el cristianismo hiciera acto de presencia—, sino por la comercialización rampante de los usos navideños. No es el Sol Invicto quien va a matar a Jesús (ni viceversa) el 25 de diciembre, sino que es Mammon, aquel dios abyecto del dinero quien parece haber exterminado a los dos. El Sol siempre vuelve a salir; el Sol volverá. Eso es lo que significa la Navidad.